OJO + OJO
para leer para mirar

Palabras, imágenes e ideas.

Nº 1

Revista Literaria de la UTE

Aliento de vida

Niña, mujer, amiga
madre mía,
el tiempo no ha pasado
en mis recuerdos
Noches interminables
de complicidad y risas
Tus cálidas manos acariciando,
mis pies o mi espalda
Tus palabras serenas aconsejándome,
tratando de calmar
un sollozo,
transmitiendo paz,
mucha fuerza
y compañía
Como preparándome para el futuro
incierto de la vida
¡Cómo no recordarte, Madre mía!
Como olvidar esas huellas indelebles
que dejaste en mí
¡Cómo no recordarte Madre mía!
Si fuiste Tú,
quien me dio la vida.

Flor del Rocío Armas Asmad.
Escuela Nro. 4 Instituto Felix Fernando Bernasconi D.E. 6

Artista Plástica Sara Foldes.

Escuela de Cerámica Nro 1 y Escuela Primaria 17 D.E. 2.

Margot

Esa mujer tenía unos pechos amplios y generosos. Con ellos había alimentado a su único hijo y a dos niños más, el de su vecina y el de su hermana. Caminaba erguida y mirando hacia adelante, como apurada.

Había nacido en 1925, el mismo año que Rita Macedo, la famosa actriz mexicana a la que seguía en todas sus películas. Y siempre que podía, lo decía. Se peinaba como ella, con un rodete alto y, de haber podido, sombreritos a la moda. Pero eso no se lo permitía su trabajo de costurera. Solamente tenía dos: uno para todos los días y otro que le había regalado la dueña del taller, ya le quedaba estrecho. Lo usaba para ir los domingos a la matiné con las amigas.

En una de esas salidas conoció a Ramón, un morocho de bigote a lo Errol Flynn. Compartieron cine y entusiasmo por películas. Él también se enamoró inmediatamente. Desde el primer momento, él la llamó Margot. El tango no hablaba muy bien de esa mujer pero a ella no le importó. Sonaba tan lindo cuando lo pronunciaba.

Ahora se presentaba así, no ya Margarita. Pero che, le decía la familia. Pero poco a poco se acostumbraron.

Se casaron cuando ella cumplió veintiuno y vivieron en una pieza de alquiler en la calle Luis Viale, cerca del taller donde trabajaba. Èl tuvo que dejar la fábrica de Avellaneda, le quedaba lejos para viajar, pero enseguida consiguió en un obrador cercano, donde hacían todo tipo de rejas. Estaban contentos.

Margot

Solo empañaba su felicidad el hijo que no llegaba. Pero eso les permitía salir todos los fines de semana, al cine, a bailar y él, a jugar unos picados con los amigos del trabajo. Iban progresando de a poco. Los dos abrazaron la causa del peronismo, se afiliaron y fueron delegados en sus lugares. Había reuniones, mitines y asados. Siempre juntos. Mirala vos a la Margarita, decían los parientes. No por eso ella dejaba de ir a visitar a padres, tíos y hermanos. Pasaba un rato por la casa de cada uno y se quedaba a tomar unos mates o a comer. Llevaba algo rico y un regalito para los sobrinos.

Lo pasaron mal en los años posteriores a la caída de Perón. Debieron esconderse, dejar de edificar en el terrenito que tenían en Florida, abandonar las salidas. Un compañero les hizo un lugar en su casa, en el Tigre. Margot hacía todo tipo de arreglos, arreglaba los ruedos, pegaba botones, emprolijaba camisas y les daba vuelta los cuellos. De vez en cuando se animaba a coser un vestido, le salía bien y cada vez tenía más clientas. Ramón estaba más inseguro, su participación había sido temeraria en el último año. Ella no lo dejaba salir. Él adelgazaba y se ponía hostil.

En esos años, pese a la zozobra en la que vivían, Margot quedó embarazada. ¡Qué rareza la vida, no poder compartirlo, ir a la casa de los parientes y contarlo! Es verdad que ellos tampoco la recibían muy bien. ¿Vos sabés en qué anda la Margarita? se preguntaban en voz baja.

El niño nació bien y a término. Ramón temía por la salud de su mujer. Ya tenía treinta largos. Pero su ánimo era el mismo que cuando la conoció. Era incansable. Él estaba deteriorado, quejoso. El hijo no le cambió demasiado la vida.

La que sí se la cambió fue la vecina con la que una noche, sin mayores aspavientos ni explicaciones se fue de la casa para siempre. Cuando Margot volvió de entregar unas camisas, pensó que estaba en el fondo, regando los tomates. Puso unas papas a hervir, y hablando con el bebé,

Margot

salió a buscarlo. No estaba. Qué raro. Siguió con la preparación de la cena, canturreando una nana, despacito.

Cuando entró al dormitorio y encendió la luz, vio la puerta del ropero abierta. Las cosas de Ramón no estaban. El bolso grande, tampoco. La puso al tanto la señora del kiosco, que vio pasar a la nueva pareja un par de veces las semanas anteriores. Creí que lo sabías, querida. Era tan evidente.

Margarita, ahora nuevamente con su nombre de pila original, lloró, gritó, maldijo. Pero siguió adelante.

De a poco, con el niño creciendo imparable decidió ir a vivir a su casa a medio terminar en el barrio de Florida. Los amigos la ayudaron a techarla, venían los domingos y trabajaban. A Ramón no lo nombraron nunca más.

Un día frío de agosto, cuando ya empezaba a oscurecer, y en el medio de la posibilidad de una guerra con Chile por unos límites que no se decidían a ir aquí o allá, Juancito tenía ya dieciocho y el temor a ser llamado a la conscripción en el medio de una contienda, golpearon fuerte las manos. Margarita se asomó y creyó ver, vio efectivamente a Ramón, flaco, y andrajoso. Lo hizo pasar, le sirvió un café fuerte y no quiso escuchar su historia. Cuando él la nombró, Margot, te quiero contar... Ella le dijo, ahora me llamo Margarita.

Autora: Marta Inés Sosa.
Escuela C.B.O. NRO 4 PAULO FREIRE.

Staff

Coordinación literaria: Carlos Riccardelli - Luis Freitas
Artes Visuales: Temis Saccomanno - Carlos Guerrero
Colaboradores: Marina Luppi - Julio Bona
Producción: Cultura UTE
Agradecimientos: Ana María Rodríguez - Carlos Monestés